

COMO EL ALA DEL CUERVO

D E J O R G E L U I S T O R R E S

Estamos ante una historia de acciones imaginadas que juegan en un sueño despierto para traducir y vulgarizar deseos y sensaciones. En lo más recóndito de esta fábula fluctua la fantasía tratando de reinterpretar los mitos representativos de cada leyenda; un universo de acontecimientos regresa para que pasado, presente y futuro se mezclen y escalonen a lo largo de la hilazón continua y violenta de los gustos. Las temporalidades y las confusiones estructuran las imágenes: realidades y alucinaciones se encuentran en la escena y las fronteras de nuestras costumbres deben ser eliminadas para que el milagro evolucione.

PERSONAJES

Una actriz y un actor interpretan a:

EL COMEDIANTE
SABINA
TITO
EL COPLERO
EL ESPECTRO
HERÁCLITO
EL DESCABEZADO
EL DISPARATADO
EL LITERATO
EL NUNCIO
EL ADOLESCENTE
LA INQUISIDORA
EL EXTRANJERO
LA SOMBRA 2
LA SOMBRA 1
MENIPO
TIRESIAS
EL CENTINELA
EL GENTILHOMBRE
EL DRAGÓN

Episodio de la bicicleta

Comediante.- Rueda tu sueño por la arena; baña tu espuma las piedras del asfalto. Saca de tus huesos los hierros de la suerte y álzate sobre todas las calles de la ciudad que tanto haces palpar en tu pecho. Arde La Habana en tus deseos y andan sus apresuradas gentes entre sus desencuentros cotidianos. ¡Hola, don Portento! Allá van dos ruedas rodando velozmente sobre los adoquines de la parte vieja de la ciudad. Aprenderemos a vivir con lo nuestro y no con aquello que constituye un triste parche ciudadano.

(Estancia pequeña en blanco. Tito, sereno, engrasa y arma una bicicleta de color negro. Sabina, su madre, lo observa irritada desde la entrada de la cocina.)

SABINA.- ¡Tito!

TITO.- ¿Qué...?

SABINA.- Niño... ya son las siete menos cuarto.

TITO.- ¿Ya...? Tengo que apurarme y terminar con esto.

SABINA.- ¡Vas a terminar conmigo!

TITO.- Ah... no, ¡hoy con lo mismo no!

SABINA.- Tito, van a cerrar la panadería y nos vamos a quedar sin el pan; el pan que yo me como mientras veo la novela.

TITO.- Mamá, estoy engrasando mi bicicleta para armarla.

SABINA.- ¿Y quién busca el pan hoy?

TITO.- Puedes buscarlo tú.

SABINA.- ¡¿Yo?! ¿Y quién hace la comida?

TITO.- ¿La como yo o tú?

SABINA.- ¿Qué cosa, niño?

TITO.- La comida. ¿De los dos quién acostumbra a comer en las tardes?

SABINA.- Bueno... tú sólo almuerzas.

TITO.- No como.

SABINA.- No.

TITO.- Entonces busca el pan tú que yo me quedo tranquilo con mi bicicleta.

SABINA.- ¡Yo, yo y yo! ¡Todo soy yo! ¿Y tú...? ¿Qué haces?

TITO.- Y dale con lo mismo; todas las tardes es igual.

SABINA.- Claro que tiene que ser igual... eres un chiquillo muy desconsiderado... ¡sólo piensas en tus cosas! ¿Y quién se ocupa de esta madre sacrificada? ¡Nadie! ¡Ni tú! Y ahora que tienes esa dichosa bicicleta la vida en esta casa se va a complicar más... Dios del cielo, ¿quién puede ayudarme? Mi vida se me ha clavado como una puntilla de carpintero en el mismo centro del fondillo; tanto que me mato trabajando en una fábrica de muñecas para ganarme tres quilos prietos y...

TITO.- ¡No! ¡No, mamá! ¡La misma historia no!

SABINA.- ¡No es historia, chico! ¡Es la verdad!

TITO.- Pero...

SABINA.- ¡Pero nada! ¡Ya las muñecas me tienen hasta el último pelo!

TITO.- ¿Qué culpa tengo yo de eso?

SABINA.- El día menos pensado presento la renuncia al Administrador y al diablo con las muñecas.

TITO.- Yo no me opongo.

SABINA.- ¡Tito, ve a buscar el pan!

TITO.- Ay, mamá... por favor.

SABINA.- ¡Tito! ¡Observa a tu madre!

TITO.- ¿Para qué?

SABINA.- ¡Obsérvame, carajo!

TITO.- ¡Ya! Ya te observo... ya te como con los jactanciosos ojos que tú me has dado; ¿qué quieres?

SABINA.- ¿Qué ves?

TITO.- Te veo... con los ojos rojos como una serpiente que le han aplastado de un pisotón el cascabel. ¡Veo a Sabina!

SABINA.- ¡Eso es! ¿No me ves pálida? ¿No estoy huesuda?

TITO.- En realidad... hay en tu figura un poco de las dos cosas.

SABINA.- ¡Confirmado! ¡Las muñecas!

TITO.- ¿Cómo...?

SABINA.- ¡Las muñecas me chupan día por día!

TITO.- Ay, mamá, deja las boberías.

SABINA.- ¡Es la fábrica!

TITO.- Cuando más enredado estoy con los pasadores de la...

SABINA.- ¡Cállate! Eres idéntico al Jefe de Personal; tampoco él me escucha... ¡todos ustedes son la misma bazofia!

TITO.- ¡Mamá, tú no me vas a volver loco!

SABINA.- El Administrador me ignora durante las horas de trabajo.

TITO.- ¡Mamá!

SABINA.- Ay, qué porquería de humanidad... tantas muñecas me ponen idiota. ¿Qué puede hacer una mujer abandonada como yo? ¿Llorar? ¡No! Ese gusto no se lo doy ni al Jefe de Personal, ni tampoco al Administrador... y mucho menos a mi hijo. ¡Yo no lloro! ¡Yo seré fuerte! ¡Yo enfrentaré el Juicio Final y me sentaré de frente al Señor y le contaré todos mis fracasos! El me escuchará y entonces podré llorar porque él llorará junto conmigo y me dará consuelo con sus lágrimas... y me reiré del Jefe de Personal, del Administrador... y de mi hijo... y si en la vida eterna descubro que también hay muñecas le pediré licencia al Señor de la Luz para nunca dirigirles ni una palabra a las susodichas.

TITO.- ¡Mamá...!

SABINA.- Por suerte allá arriba no hay bicicletas; a los objetos metálicos, pesados y rodantes, se les dificulta la subida.

TITO.- Hablando de subida... no olvides que hay que subir a la azotea para detectar el área de la filtración.

SABINA.- ¿Filtración, Tito?

TITO.- Sí, la del baño.

SABINA.- ¿Y la de mi cuarto?

TITO.- La olvidaba.

SABINA.- Es elemental.

TITO.- ¿Qué...?

SABINA.- Necesito un hombre.

TITO.- ¿Cómo...?

SABINA.- Con un hombre todo se resuelve.

TITO.- Es elemental... ¿no?

SABINA.- No hay nada más saludable para una mujer que tener en su colchón, acostado con las piernas abiertas de una zona adyacente a la otra, a un hombre bien velludo dispuesto a ir en busca del pan a la hora prevista por los organismos estatales o por los desvergonzados panaderos; no hay nada más estimulante para una mujer que sentir la anhelosa respiración del hombre de su colchón, mortal que aún bajo los efectos del permanente cansancio, está dispuesto a romper de dos puñetazos similares los prepotentes rostros de un Jefe de Personal y de un Administrador; no hay nada más tentador para una mujer que palpar las manos agrietadas del pró-

jimo de su colchón, Hércules tizado, dispuesto a taponear por toda la eternidad los agujeros que desde la azotea autorizan la penetración de las lluvias que ya nos bañan.

TITO.- Mamá...

SABINA.- ¿Qué sucede...?

TITO.- Me temo que...

SABINA.- Lo importante es saber que...

TITO.- ...debes descansar.

SABINA.- ...un hombre puede ser agarrado a la vuelta de cualquier esquina; un hombre puede ser hallado bajo la sábana más estrecha del hogar más miserable de esta ciudad.

TITO.- Ay, por poco me quedo sin dedo con este...

SABINA.- ¡Tito!

TITO.- ¡No me grites, mamá!

SABINA.- ¿Dónde están las sábanas de la abuela?

TITO.- No lo sé.

SABINA.- Esas sábanas son un recuerdo valioso; Tito, esas sábanas fueron heredadas de generación en generación.

TITO.- Yo no tengo nada que ver con tus sábanas.

SABINA.- Desgraciado, mucho que me las orinaste cuando niño.

TITO.- ¡Yo! ¡Siempre yo!

SABINA.- ¡El mismo que se niega a socorrerme! ¡El hijo que no es capaz de arrimar su hombro para que su madre deposite en él su doloroso suplicio! ¡Tú! ¡El brazo izquierdo de este hogar!

TITO.- Has creado una situación muy ridícula, mamá.

SABINA.- Gracias a tu exterminadora indolencia me he convertido en una desvalida; soy el hazmerreír del barrio.

TITO.- ¿Por qué...? ¿Por qué...?

SABINA.- ¿Aún preguntas por qué me siento como un bicho en exposición?

TITO.- ¡No! Coño... ¿por qué no se abre la tierra y me traga?

SABINA.- ¡Egoísta! Buscas cómo abandonarme; para un chiquillo con testículos de palo este cajón fúnebre ya entorpece su desenvolvimiento varonil... ¿no?

TITO.- Bueno, digamos que sí, mamá.

SABINA.- ¡Mierda!

TITO.- ¿Cómo...?

SABINA.- ¡Mierda!

TITO.- Prefiero retirarme.

SABINA.- ¡Antes me escuchas!

TITO.- ¡De ninguna manera!

SABINA.- ¡Genitales de azufre son los tuyos!

TITO.- Mamá... ¡los vecinos!

SABINA.- ¡Tito! ¡La mierda te llega al cuello!

TITO.- ¡Ojalá me lleve el Diablo!

SABINA.- ¡Testaré a favor de esa deidad!

TITO.- ¡Maldita casa!

SABINA.- ¡Echaré al suelo el techo de esta casa!

TITO.- ¿Qué hora es...?

SABINA.- Las mil y quinientas; ¡La hora de la nada! ¡La hora sin tiempo! son las nada... en este país las horas se van como el espermatozoide de un elefante... este país se quedó fuera del tiempo, en el curso perdido se escribieron las horas de este país. No hay horas, Tito; no hay nada.

TITO.- ¿Y ahora qué hago con mi bicicleta...? Si no la arreglo no...

SABINA.- Tito, van a cerrar la panadería...

TITO.- Me voy... me voy... me voy...

(Tito abandona la estancia.)

SABINA.- ¡Tito, ve a buscar el pan! ¡Tito! Ayyyy... el día menos pensado presento la renuncia al Administrador... ¡Tito! Me cago en la madre del Jefe de Personal... yo no quiero saber, yo no deseo trabajar ni un minuto más, en esa sucia fábrica de muñecas. ¡Yo quiero saltar sobre el tiempo y caer en la región de la vida! ¡Quiero que el alma del pecador sea sometida a tormento! ¡Ese es mi deseo! ¡Sangre en el limbo y agua en el cielo! Y luego ron... el lúbrico placer de las distancias ocultas, el incontinente manantial de mis sensaciones, el obscuro tono de mis estremecimientos... ¡allá van!

Episodio del tiempo

Coplero.- Ciudad de Efeso, patria de Heráclito; aristócrata alejado de los asuntos públicos. El muro del gran castillo puede desplomarse sobre el polvo del viejo camino y cada piedrezuela se alzaría en sagrada cúpula para instalar la morada de Dios; la mágica ronda se hará en el claustro y en las elevadas arquerías todo será silencio; las tribunas enmohecidas se inundarán del aliento de los fieles y cada soplo perdido aguardará por la resurrección bendita del icono liberador.

(Candelero. Heráclito de rodillas ante una imagen religiosa pintada en una tablilla de madera. El espectro de una mujer con las ropas deshechas y el cabello raído interrumpe la ceremonia del gran filósofo griego.)

ESPECTRO.- Que la concordia esté con el Señor.

HERÁCLITO.- Por toda la eternidad... ¡oh! ¿Imagen o fantasma? ¿Eres luz o sombra? Forma horrible rompe la paz de este techo pacífico para sembrar el espanto entre los fieles.

ESPECTRO.- No troqué el camino... ¡he ascendido!

HERÁCLITO.- Yo me encargaré de tu descenso... ¡lo juro por ésta!

ESPECTRO.- ¿Por qué rechazas un alma maltratada?

HERÁCLITO.- ¡Pertenece al lugar de los réprobos!

ESPECTRO.- Ten piedad; abre la puerta y deja correr mi desgracia para que mi existencia tenga fuerza suprema. Abre la puerta y deja escapar los rayos del sol para que su brillante resplandor encienda las antorchas de los terrenos apagados; ¡oh! Buen hombre, tus ojos son nobles y tu voz se escucha apacible. No te pido una limosna, te solicito la caridad que tu pecho desborda, te pido auxilio.

HERÁCLITO.- Razones no poseo para satisfacer tu pedido.

ESPECTRO.- ¿Mis lágrimas no son suficientes?

HERÁCLITO.- ¡No lo son! Pueden ser artificio enseñado por el hombre del martirio.

ESPECTRO.- ¿Qué debo hacer para recibir tu asistencia?

HERÁCLITO.- No puedo ofrecer apoyo a quien resulta ajena a este afable paraje; ¡horrible te ves!

ESPECTRO.- Porque vengo del territorio del dolor.

HERÁCLITO.- ¡Pertenece al espacio de la discordia!

ESPECTRO.- Me torturas al recordármelo.

HERÁCLITO.- No pretendo dulcificar tu desconsuelo.

ESPECTRO.- Empiezo a creerlo... más, ¿por qué te empeñas en agregar a mi suplicio el rencor de tu corazón?

HERÁCLITO.- ¡No seré benevolente!

ESPECTRO.- Ya lo sé; pero tu obstinamiento no responde mi pregunta; respóndeme, ¿por qué tus entrañas me rechazan?

HERÁCLITO.- La respuesta está en la historia.

ESPECTRO.- ¡Tú eres parte de la historia!

HERÁCLITO.- Por desgracia; esa pertenencia me atormenta.

ESPECTRO.- El fuego vive de la muerte del aire; el aire, de la triste muerte del fuego; el agua, de la muerte de la tierra; la tierra, de la muerte del agua.

HERÁCLITO.- Punto en boca, infeliz sombra de la perdición.

ESPECTRO.- Dios es el día y la noche, el invierno y el verano, ¡son tus escritos convertidos en palabras del pueblo!, la paz y la guerra, el hambre y la hartura.

HERÁCLITO.- Letras infernales, sólo eso.

ESPECTRO.- Quiero beberme tus letras, maestro.

HERÁCLITO.- Cuanto más alto trepa el mono, tanto más claramente enseña el culo.

ESPECTRO.- Busco amparo en tu ciencia, maestro. Libera mi amordazado conocimiento; esta arrepentida transgresora, esta desdichada infractora, esta de conciencia a la espalda, pretende ser tu más condescendiente discípula.

HERÁCLITO.- No me hagas reír, tonta infortunada

ESPECTRO.- Maestro, soy de carne suave.

HERÁCLITO.- ¡Y fácil!

ESPECTRO.- Todo lo tolero.

HERÁCLITO.- ¿Qué me propones, pécora?

ESPECTRO.- Compensación ardiente, nada más.

HERÁCLITO.- ¡El fuego nunca dejará de arder!

ESPECTRO.- ¡Nunca! El fuego está encendido en mis labios y...

HERÁCLITO.- ¡Fuera! ¡Tú eres fuego seco!

ESPECTRO.- Yo me humillo ante el ingenio de tu cerebro; yo doblo mi rodilla y mis brazos levanto para que la llama pura invada el gran sueño que me traga. Maestro, puedo ser tu mujer; puedo ser tu adepta empedernida. ¡Quiero ser cualquiera, lo juro por los santos limpios, cualquiera de las placenteras cosas que te arrebatan del aburrimiento!

HERÁCLITO.- ¡Calla! ¡Amarra tu lengua, mujerzuela! Tú sólo puedes castigar tus carnes y penitenciar tus huesos corruptos para que la estrechez de tu pecho logre elevarse como un ángel benéfico capaz de salvar del caos eterno los gemidos de tus emociones. ¡Fuera! Lloro tu desgracia dentro del tonel de los errantes. ¡Fuera!

ESPECTRO.- No me echas; juzga convenientemente mi petición.

HERÁCLITO.- Que te escuche un juez con moderado apetito de sentencia y que su veredicto, por lo vil de su envidia, quede contenido en el pliego de los vientos desencontrados.

ESPECTRO.- Eres severo, maestro.

HERÁCLITO.- ¡Soy blandengue al seguir el hilo de este diálogo!

ESPECTRO.- ¡Quiero hallar una conexión con la paz natural!

HERÁCLITO.- No encontrarás esa conexión en este paraíso.

ESPECTRO.- ¿Por qué, maestro?

HERÁCLITO.- Porque esta gloria se ha transformado en una cazuela tropical para guisar gallinas.

ESPECTRO.- ¡Oh...! ¡¿Gallinas, maestro?!
HERÁCLITO.- ¿Incurres también en el pecado de la gula?

ESPECTRO.- Maestro, hasta los fantasmas tenemos estómago.

HERÁCLITO.- Buche, eso tienes; apestas como la mofeta.

ESPECTRO.- Te busqué para ofrecerte sin fingimiento mi obediencia esclava y sólo he recibido repudio atroz. Maestro, ¿por qué desapruebas mi deseo de reivindicación?

HERÁCLITO.- El destino del alma culpable es irrevocable.

ESPECTRO.- ¿De qué me acusas?

HERÁCLITO.- ¡No soy juez! ¡No lo olvides!

ESPECTRO.- ¿Por qué te apenas?

HERÁCLITO.- Los golpes que ha recibido mi pecho son poderosos; todos creemos en algo, pero, un buen día, nuestra creencia tropieza con lo incierto y todo se pierde.

ESPECTRO.- El camino es largo; siempre se puede recomenzar.

HERÁCLITO.- No es posible entrar dos veces en un mismo río; el que lo hace por segunda vez le bañan ya otras aguas.

ESPECTRO.- Tus palabras me dejan sin opción.

HERÁCLITO.- La facultad de elegir es un privilegio de los santos.

ESPECTRO.- ¡Mierda!

HERÁCLITO.- ¡Cállate, grosera!

ESPECTRO.- Yo quiero reedificar mi pasado.

HERÁCLITO.- ¿Para qué...? ¿Olvidas que ya no existes?

ESPECTRO.- ¡Viejo decrepito! Te burlas de mi mala suerte.

HERÁCLITO.- ¡Insensata! ¡Regresa a los parajes del horror!

ESPECTRO.- Maestro, predicaré entre las perversas almas la superioridad del cielo, la preponderante gober-

nación del Evangelio, la gustosa hegemonía de la celebridad, el eminente saber de Dios.

HERÁCLITO.- ¡Mierda!

ESPECTRO.- ¡¿Maestro...?!
HERÁCLITO.- ¡Recupero mi fuerza!

ESPECTRO.- ¡Pierdes tu versada lengua!

HERÁCLITO.- Deja la jerigonza y vete a buscar tu espacio miserable, despreciable, ruin, en el pandemónium.

ESPECTRO.- Lejos me remites, maestro.

HERÁCLITO.- Vuelve al germen nauseabundo del espanto. Aborta tus intenciones reivindicadoras y recapacita sobre tu inmundo estado actual. Todos tenemos un destino. Unos nacemos para hacer el bien, otros nacen para hacer el mal; cambiar el destino es imposible; ¡no puedes renunciar a él! Ten conformidad con lo que te corresponde; debes resignarte a soportar los castigos del infierno.

ESPECTRO.- Yo creo en el regreso al pacifismo.

HERÁCLITO.- Si todo en este mundo consistiera en creer...

ESPECTRO.- ¡No calles!

HERÁCLITO.- Regresa, malaventurada, regresa al horno infausto.

(Prolongado silencio. El Espectro desaparece.)

Episodio del contrasentido

Descabezado.- ¡Qué sé yo y qué sé cuando! ¡Puñetazo en la jícara! Estoy jodido con esta jodienda; las jiribillas me tienen... ¡coño! Ellas tienen que morder el cordobán. Tanto corre corre de mi lengua los confunde, ¿verdad? Soy la Personita que esconde en su Garganta la Ardorosa Jerigonza; a la mierda el Diccionario Enciclopédico; ¡yo soy el Mago! Soy comunísimo en esta Isla, comunísimo de común, no de lo otro... mas, sin embargo, aquí estoy, con, mejor dicho, sin songa y con el plátano muy en alto... ¿qué me mira, compañero? ¿Qué me mira, compañera? ¡Compatriotas de trifulcas melancólicas! ¡Este es el Chinchal más hermoso que ojos humanos han visto! Cristóbal, El Descubridor, 1492.

(Centellero del Disparatado ante la imagen de un portento ingenioso y atroz. El Espectro de una mujer, desagradable y perezoso, destruye el hechizo de la oración desatinada.)

ESPECTRO.- ¿Habrá concordia en este árido suelo?

DISPARATADO.- ¡Calla! ¿No respetas mi postura?

ESPECTRO.- ¿Quién eres?

DISPARATADO.- ¿Quién eres tú, perra intrusa?

ESPECTRO.- Troqué el camino... ¡he descendido!

DISPARATADO.- ¡Respóndeme!

ESPECTRO.- Vengo del territorio del dolor.

DISPARATADO.- Entonces eres dolorosa; así te llamas...
Dolorosa.

ESPECTRO.- El dolor está enterrado en mis huesos; quiero hallar consuelo bajo este cielo gris, no me importan los obstáculos que como montañas de piedras crecen en los caminos de este lugar; busco un sitio para luchar por las cosas buenas que Dios...

DISPARATADO.- ¡Punto en boca, Dolorosa! ¡Punto! ¡Punto! ¡Punto!

ESPECTRO.- ¿Mis palabras te producen alguna rara sensación?

DISPARATADO.- ¡Perra! ¿Traes ponzoña en tu lengua?

ESPECTRO.- ¡No!

DISPARATADO.- ¡Buscas posada!

ESPECTRO.- ¡Y un buen posadero!

DISPARATADO.- Entonces debo cuidarme la portañuela.

ESPECTRO.- Debes engrandecer la triste paz que se esconde entre cada matorral de estos bosques; puedo ser tu esclava, puedo desenterrar la mala voluntad de la tierra que dominas y sembrarla en la fértil tierra de algún déspota filósofo; tierra contra tierra, reino contra reino... ¿qué opinas, maestro? ¡No! ¡No me respondas! Quizás tu respuesta esté preñada de rebelde y perverso obstinamiento; no te escucharé si me niegas la posibilidad de servirte. Recuerda, esclava tuya seré hasta que el dolor de mis huesos se pierda entre los quejidos de una noche atrevida; sí, nuestra noche, maestro, la gran noche y el gran tropiezo entre los cuerpos que nos poseen... todo emanará calma, lenidad, docilidad... ¡la noche del enorme miembro penetrante!

DISPARATADO.- ¿Por qué miras hacia mi portañuela con deseos de arrancarme de golpe el pene con tus dientes?

ESPECTRO.- Lo importante es tener un lugar, no importa dónde, lo verdaderamente esencial está en el lugar; lo que el lugar te ofrezca es ya otra cosa; no importa la naturaleza del lugar, no importa la asombrosa constitución de los protectores del lugar, no importa la vehemente actitud de los abogados del lugar; lo que el lugar te ofrezca es ya otra cosa... y, ¡lo juro!... otra cosa es no tener un lugar para lambr las piernas, los brazos, el pecho... todo lo redondo que un toro valiente añora de las lambraduras. Lo verdaderamente importante está en el lugar, en tener un lugar para cagar los apuros de cada desgracia... un lugar para abrir la boca y aguardar por la luz de cualquier farolero vagabundo, la iluminada visita del linternerero que una noche triste abandonó su prescrito lugar y ahora bus-

ca, desesperadamente, otro lugar que le permita estirarse hasta reventar. Lo verdaderamente importante está en el lugar, en la primera puerta que se abre y te grita que apresures el paso para que los saltos de tus sueños logren atravesar el listón de la prevaleciente separación, la frontera que te expresa en toda su ambigua materialidad que todo está perdido si permaneces del lado de allá, que todo está perdido si permaneces del lado de allá... ¡todo! ¡Quiero un lugar para encender el reverbero de mis deseos! ¡Tú eres el buen posadero que me dará la enorme lengüetada! ¡Ven! Golpea mis pezones y espera la inofensiva erección de sus rosados botoncillos; ven, tengo un suave lugar escondido en mis tetas para todos aquellos duros hombres que no tienen un lugar para gozar con las cochinas costumbres de sus sexo...

DISPARATADO.- ¿Quieres que te acepte como esclava? ¿Quieres rendirte para dar paso a mis empedernidas exigencias? Dolorosa, si ser mi esclava pone punto en tus quejas y da tregua a tus inquietantes apetencias sexuales, yo, el pecador semental, te abro las puertas del suplicio y doy maldiciones luego de tu entrada. Bienvenida, Dolorosa.

ESPECTRO.- ¡Gracias, buen posadero! No obstante, "Dolorosa" no juega ningún papel como nombre para mujer sin hombre, señor.

DISPARATADO.- ¡¿No...?! ¿Qué nombre te propones, entonces, mujer?

ESPECTRO.- ¡Paniagua! Me lo propongo, gustosamente, porque es un nombre raramente contemporáneo.

DISPARATADO.- ¡Bah...! Lo mismo me da; si Paniagua por nombre quieres llevar, ¡Paniagua te llamarás!

ESPECTRO.- Entonces, hemos dado el primer paso... ¿no?

DISPARATADO.- En efecto, lo hemos dado.

ESPECTRO.- El segundo paso aguarda en mi palpitante pecho; se quiere, palpa su jadeante desenfreno, escapar de mi escote. Las mamas están emocionadas, esperan por el segundo paso, mis tetas se divierten entre nervios, quieren que tú las agarres y las chupes hasta que eyacules el contenido de tu órgano.

DISPARATADO.- ¡Aparta tu enferma pechuga de mi cuerpo y escucha el segundo paso de una vez!

ESPECTRO.- Lo escucho... y callo, como mujer campante que soy.

DISPARATADO.- ¿Dices venir del territorio del dolor?

ESPECTRO.- Eso te he dicho.

ESPECTRO.- ¿Soy, por fin, tu esclava?

DISPARATADO.- De eso se trata, Paniagua.

ESPECTRO.- ¿Tengo posada?

DISPARATADO.- ¡Y un buen posadero!

ESPECTRO.- ¡Oh! Hemos dado el segundo paso.

DISPARATADO.- Lo daremos... después de llegar a un acuerdo.

ESPECTRO.- ¿Acuerdo...? Te escucho, mi señor.

DISPARATADO.- En el pacifismo del riachuelo un hombre robó mi margarita del placer nocturno despojándome de todas mis sensualidades.

ESPECTRO.- ¿Eres víctima de un secuestro amoroso?

DISPARATADO.- ¡Lo soy!

ESPECTRO.- ¿Y ella...?

DISPARATADO.- ¿Quién...?

ESPECTRO.- La margarita del placer nocturno...

DISPARATADO.- Ah... ¿qué pasa por tu lujurante cabeza? ¿Qué buscas averiguar?

ESPECTRO.- Trato de saber si has tenido noticias de ella.

DISPARATADO.- ¿De ella...?

ESPECTRO.- De la margarita del placer nocturno...

DISPARATADO.- Ah... pues, ¡no!

ESPECTRO.- ¿Y entonces?

DISPARATADO.- ¡Quiero que des con ella! ¡Encuentra a mi margarita y regresen las dos! ¡Juntas...!

ESPECTRO.- ¿Para qué, desgraciado?

DISPARATADO.- Guarda la fetidez de tus palabras para cualquier imbécil callejero porque soy capaz de...

ESPECTRO.- ¡¿Regresar juntas para qué?!

DISPARATADO.- ¿Cómo que para qué?

ESPECTRO.- ¿No lo sabes? ¡Juegas con mis deseos!

DISPARATADO.- ¿No buscas posada y un buen posadero?

ESPECTRO.- Pensé haberlo encontrado.

DISPARATADO.- Como esclava te acepté, ¿o no?

ESPECTRO.- Me aceptaste estando ajena yo a tu situación.

DISPARATADO.- ¿Cuál situación, Paniagua?

ESPECTRO.- La de la margarita del placer nocturno.

DISPARATADO.- Pero... ¿qué tiene que ver mi margarita contigo?

ESPECTRO.- Que somos dos para uno.

DISPARATADO.- ¿Dos para uno?

ESPECTRO.- Y al unirnos hacemos un conjunto de tres.

DISPARATADO.- ¿Un conjunto de tres?

ESPECTRO.- ¡Un polígono con tres lados!

DISPARATADO.- ¿Un polígono de tres lados?

ESPECTRO.- ¡Un triángulo amoroso!

DISPARATADO.- ¿De eso hablas?

ESPECTRO.- ¿De qué otra cosa puedo hablar en un trazo como el que tú me propones? La geometría también es aplicable en las relaciones amorosas.

DISPARATADO.- Sin embargo, gustas de las medidas de extensión fálicas y también de las erecciones prominentes.

ESPECTRO.- Una cosa son las líneas rectas y otras las líneas curvas y yo, sinceramente, siempre he preferido las primeras porque poseen el don del objetivo preciso; si el blanco es poderosamente habitable, el tiro, la bala, penetra como un lince desesperado, sin dificultad, sin aflicción.

DISPARATADO.- ¿Siendo tan desenvuelta cómo puedes sentir pudor al rescatar a mi... margarita del placer nocturno?

ESPECTRO.- ¡Porque detesto los triángulos! Donde hay tres siempre hay uno que sostiene el peso de los otros dos y recibe desafortunadamente el precio más desalmado. Yo prefiero el número dos, el dos es un número par; sin la presencia del dos hay un proceso que se quiebra porque los fenómenos de la naturaleza dejan de ser semejantes, equivalentes, homólogos; y las cosas que corresponden simétricamente a otras iguales, singularmente idénticas, son más perdurables, más inexpugnables, ¡más revolucionarias! El dos es un número filantrópicamente par, y, además, es un bello número; dos, dos hasta la muerte. Con el dos todo se puede, con el dos todo es posible. Si dos personas desean poner en peligro sus riquezas, de los dos sólo uno perderá el bienestar, entre tanto y gracias a Dios, uno quedará por siempre en la abundancia y en la opulencia. En fin, el precepto del dos nos acompaña en los tiempos modernos, uno para bien y otro para mal; la ley de "todos para uno y uno para todos" se quedó atrapada en los bolsillos de la piojosería. Todo se ha organizado hoy por hoy alrededor del dos.

DISPARATADO.- Bueno... ¿y qué carajo tiene que ver tu dos con mi margarita del placer nocturno?

ESPECTRO.- ¡Mucho! Tu margarita del placer nocturno y mi dos son componentes básicos de una incipiente tragedia moderna; si logro rescatarla, yo pasaría a formar parte del número tres. ¡Y ese número me produce náuseas!

DISPARATADO.- Tres personas pueden convivir armónicamente.

ESPECTRO.- ¿Y también fornicar?

DISPARATADO.- La expresión amancebarse es más apropiada, Paniagua.

ESPECTRO.- ¡Eso es bigamia!

DISPARATADO.- ¡Eso es vivir!

ESPECTRO.- ¡Mierda! ¡El número tres es una mierda!

DISPARATADO.- ¿Pretendes realizar una sublevación?

ESPECTRO.- ¡Trato de mantener limpio el espacio que el Señor me otorgó!

DISPARATADO.- Escúchame, Paniagua, escúchame... trata de obedecerme, trata de cerrar tus ojos para que no puedan ver los peligros que mi solicitud impone en tu camino de búsqueda constante. Escúchame, Paniagua, puta miserable, busca el sitio en el que se pudre mi margarita del placer nocturno y regresen ambas para fornicar los tres, para amancebarlas a las dos... ¡Fornicar! ¡Sí! ¡Fornicar! Es más ilustrativa, es palabra que sugiere contubernio; tienes razón, Paniagua, y comprendo que una mundana conozca a la perfección todo aquello que concierne al significado de las agudas palabras que nos inducen al sexo, ¡fornicar! La fornicación es más agresiva, más placentera.

ESPECTRO.- ¡Eres un maniático mamón!

DISPARATADO.- Si quieres posada y un buen posadero, si quieres, loca del arrabal, ser mi esclava, ¡ve por mi margarita! Las cosas son como tienen que ser, no como cualquier miserable quiere que sean. ¡Seremos tres! ¡Y yo seré el macho de las dos hembras! ¿Qué te parece?

ESPECTRO.- ¡Un destino inaceptable!

DISPARATADO.- Pues debes escoger.

ESPECTRO.- ¡Qué destino!

DISPARATADO.- ¿Vas por mi margarita del placer nocturno o prefieres, pornográfica, regresar a vagabundear por el mundo como una perra sin amo, como una puta sin pene?

ESPECTRO.- *(Canta.)* ¿Madre del yermo?
¡Nunca más!
Soy obscena,
es verdad;
soy fornicadora,
es verdad;
¿Madre del yermo?
¡Nunca más!

DISPARATADO.- ¿Qué dices, mujerzuela?

ESPECTRO.- Ya no soy una hermosura...

DISPARATADO.- En eso tienes mucha razón.

ESPECTRO.- ¡Pero soy ricahembra!

DISPARATADO.- Eso está por ver.

ESPECTRO.- No quiero vagabundear por el mundo como una perra sin amo y mucho menos como una puta sin pene.

DISPARATADO.- ¿Has enmudecido?

ESPECTRO.- ¡Yo acepto!

DISPARATADO.- ¿Cómo...?

ESPECTRO.- ¡Yo acepto! ¡Podemos fornicar los tres!

DISPARATADO.- ¿Lo buscarás...?

ESPECTRO.- ¿Qué ...?

DISPARATADO.- Es decir, ¿irás por mi margarita?

ESPECTRO.- ¡Sí! ¡Yo acepto!

DISPARATADO.- ¡Repítelo!

ESPECTRO.- ¡Yo acepto! ¡Yo acepto! ¡Yo acepto!

DISPARATADO.- ¡Lo tienes que jurar! ¡Júralo!

ESPECTRO.- ¡Lo juro! ¡Juro buscar a tu margarita!

DISPARATADO.- Eres una mujer irreprochable.

ESPECTRO.- ¿Por qué debo ser yo la que busque a tu margarita del placer nocturno?

DISPARATADO.- ¡Margarita del placer nocturno!

ESPECTRO.- Da lo mismo; respóndeme de una vez, ¡por favor!

DISPARATADO.- Es el destino...

ESPECTRO.- ¿El destino...?

DISPARATADO.- Son palabras mayores...

ESPECTRO.- ¡No quieras tomarme el pelo!

DISPARATADO.- ¡Has aceptado! Es suficiente.

ESPECTRO.- Tengo derecho a saber por qué yo.

DISPARATADO.- No hay respuesta; ¡obedece y ya!

ESPECTRO.- ¡Maldición!

DISPARATADO.- Estás aún a tiempo, Paniagua.

ESPECTRO.- ¿Qué quieres decir?

DISPARATADO.- ¡Que puedes quedarte sin posada! ¡Que puedes quedarte sin posadero!

ESPECTRO.- ¡No! ¡Eso no! ¡Yo acepté!

DISPARATADO.- Tres veces aceptaste.

ESPECTRO.- Lo hice... ¡y también lo juré!

DISPARATADO.- Entonces, mujercilla, ahora jura que veas lo que veas simplemente callarás y te resignarás.

ESPECTRO.- ¿Callar...? ¿Resignarme...?

DISPARATADO.- ¡Sí! Religiosamente así.

ESPECTRO.- ¿Dónde está tu margarita del placer nocturno? ¿Dónde está secuestrada tu indulgente divinidad?

DISPARATADO.- ¡En el territorio del dolor!

ESPECTRO.- ¿Qué ...?

DISPARATADO.- ¿No me has escuchado, querida?

ESPECTRO.- ¡¿En el territorio del dolor?! ¡De ese despreciable lugar escapé, posadero embriagador!

DISPARATADO.- ¡Te expulsaron de allá! No tomes el rábano por las hojas.

ESPECTRO.- ¿Quieres arruinar mi deseo de recomenzar a vivir?

DISPARATADO.- Quiero que asumas el rol de Gentilhombre, Paniagua.

ESPECTRO.- ¿Gentilhombre...?

DISPARATADO.- Sólo el Gentilhombre puede recuperar a mi provocadora margarita del placer nocturno; ¡sólo é!

ESPECTRO.- ¿Gentilhombre...? Pero, ¡yo soy una mujer!

DISPARATADO.- Paniagua, esas distinciones sexuales se encuentran en los tiempos modernos en un equilibrio francamente precario.

ESPECTRO.- ¡Me niego a escuchar esa condenada reflexión!

DISPARATADO.- Estás en todo tu derecho, pero, realmente es así.

ESPECTRO.- La mujer es la mujer y el hombre es el hombre.

DISPARATADO.- ¡Jura que veas lo que veas callarás y te resignarás!

ESPECTRO.- ¿En el territorio del dolor?

DISPARATADO.- Por supuesto, desordenada cortesana.

ESPECTRO.- Me quieres repartir como pan bendito a los chiquillos del callejón perdido.

DISPARATADO.- ¡Jura que veas lo que veas callarás y te resignarás!

ESPECTRO.- *(Canta.)* ¿Madre del yermo?

¡Nunca más!
Soy obscena,
es verdad;
soy fornicadora,

es verdad;
¿Madre del yermo?
¡Nunca más!

(Pausa prolongada.) ¡Yo acepto! ¡Yo aceptaré las cosas tal como el Señor las presente en mi camino! La naturaleza quiso que mi admiración por el amor entre dos se trocara para siempre adquiriendo la torturante estampa de un tres. Todo se ha convertido en un tres, ¡yo soy un tres!

DISPARATADO.- *(Canta.)* Bartolo tenía una flauta con un agujero solo.
Todo el mundo se divertía con la flauta de Bartolo.
(Pausa prolongada.) ¿Juras o no, Paniagua?

ESPECTRO.- ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¡Tres veces lo he jurado! Es mi corazón la covacha de tu voluntad.

DISPARATADO.- Entonces, no hay nada más que hablar.

ESPECTRO.- Nada más.

DISPARATADO.- Regresa al territorio del dolor y rescata a mi margarita del placer nocturno. Como Gentilhombre todo marchará mucho mejor; renuncia, por breves horas, a tu envilecimiento y asume, por breves horas, el miembro viril...

ESPECTRO.- ¿La flauta de Bartolo?

DISPARATADO.- Oh, eres un gran hombre; ¡has crecido! El buen proceder halló protección en tu ser.

(El Disparatado apaga de un soplo la luz que emana del centellero logrando con esta acción que el Espectro deje de existir en ese extraño y distante espacio.)

Episodio suelto

Literato.- Este episodio será arrancado de las páginas del libro bendito; un granuja representará, los dolorosos pasajes del penitente pintor. Lion Feushtwanger, en 1884, Munich, ciudad improfanable. Cualquier lúgubre ciudad del año 1951 fue testigo de esta entristecida fábula; la escritura de las páginas aborascadas de la leyenda fue despiadadamente condenada desde entonces. Las figuras del papel portaban en sus propias entrañas los atributos de Satanás y todos los lectores eran víctimas del brutal misterio. Nadie comprendió; el hechizo está en el genio, no en su protector. Trataremos de no coquetear con la impiedad; el pintor, ya muy enfermo, quiso negarnos la licencia para utilizar su imagen en esta parábola, pero, oh, los poderes de pertenecer los unos a los otros, el autor lo ignoró para su fallo convertir en ley

(Estancia pequeña; en los envejecidos y húmedos muros arden dos largas teas. El Adolescente está sentado sobre un saco de heno; su mirada, libertina y sensual, se pierde por entre tantas inquietudes. Entra en la habitación el Nuncio Mensajero del Santo Oficio; es un hombre raramente maduro, su alma, desterrada de su cuerpo, riñe con su espíritu, sombra enclenque que pre-

tende reverdecen al regresar hasta morir. La naturaleza exige que alma y espíritu retornen al espacio que en cada cuerpo les corresponde. Esta batalla de transparencias que acompaña al Nuncio a lo largo de su vida hace que su organismo refleje el de otros organismos que hoy descansan junto a la Divina Majestad. El hombre reconoce el sitio y detiene su mirada en el Adolescente.)

NUNCIO.- Laudetur Christus.

(El Adolescente se sorprende al descubrir la presencia del Nuncio y su rostro, ahora apagado, expresa una creciente angustia.)

ADOLESCENTE.- In aeternum amen.

(El Nuncio se acerca al Adolescente y le entrega una carta.)

NUNCIO.- ¿Quiere confirmarme que he entregado a usted una carta remitida por el Santo Oficio?

(El Adolescente estampa su temblorosa firma sobre un pliego que resueltamente el Nuncio le extiende.)

ADOLESCENTE.- ¡Oh, desconsuelo perpetuo!

NUNCIO.- Bendita sea la virgen María.

ADOLESCENTE.- Tres veces bendecida.

(El Nuncio inicia la retirada pero el Adolescente, levantándose violentamente, se lo impide.)

NUNCIO.- ¿Sucede algo, joven?

ADOLESCENTE.- ¿Puede la vida de un hombre depender del contenido malhadado de una carta lacrada sin abrir? ¿Puede un joven aguardar por una proclamación infausta? ¿Puedo sentir, oh, respóndame por piedad y calme mi desespero, recrudescer en mi interior el temor por la aparición repentina y silenciosa del portador de lo funesto?

NUNCIO.- Joven, usted sólo está profundamente asustado.

ADOLESCENTE.- ¿Puedo no estarlo luego de recibir una invitación del Santo Oficio?

NUNCIO.- Usted se ve agotado; ¿sus flojas rodillas no le permiten romper el sello y abrir la carta? Por favor, no sienta usted temor. La vida es un estado incorpóreo que sólo Dios puede configurar; ¡oh! ¿Son severas mis palabras?

ADOLESCENTE.- Son palabras propias para alzar castillos.

NUNCIO.- Los castillos son las utopías del hombre moderno. No podemos resignarnos a perder los tiempos antiguos porque esa pérdida nos obliga a suponer el extravío del Espíritu Santo; hay que ver las cosas como son, como la conciencia las ordenó en los hoyos de nuestros sentimientos. Los castillos antiguos ya no volverán, pero los hombres seguirán soñando con estas opulentas construcciones porque la justicia del cielo así lo exige y requiere.

(El Adolescente rompe el sello y abre la carta.)

ADOLESCENTE.- Que la virgen María me ampare. *(Lentamente lee el contenido de la carta y su cuerpo, ahora espejo de terribles presentimientos, se estremece hasta estallar en gritos, lamentaciones y llanto.)* ¡No! Dios, ¿por qué? Oh, no me pierdas, ¡no!

NUNCIO.- ¿La vida deshonesto lo ha llevado a ser sospechoso de execrables herejías?

ADOLESCENTE.- *(Entrega al Nuncio la carta.)* Tenga, lea usted y busque cómo consolar a este infeliz infamado.

(El Nuncio toma en sus manos la carta y al disponerse a leerla el ambiente del escenario se transforma trocando el espacio y el tiempo: todo ha cambiado. El Nuncio y el Adolescente ya no se encuentran en escena y, en lugar de estos, la figura de Sabina, con los atavíos y adornos de la Inquisidora, emerge de las sombras.)

SABINA.- La Inquisición ordena un...

(Inesperadamente el Comediante aparece en escena e interrumpe sin vacilación a Sabina.)

COMEDIANTE.- ¡No puedes ordenar el destino del hereje con los adornos del juez eclesiástico y continuar desempeñando tu rol bajo el nombre que el autor del drama te dio en el desagradable e imperfecto episodio inaugural!

SABINA.- ¿Te refieres al episodio de la bicicleta?

COMEDIANTE.- Justamente.

SABINA.- ¿Entonces...?

COMEDIANTE.- ¡Ya no eres Sabina! Es decir, ahora no eres ella.

SABINA.- ¿Y entonces...? Quiero decir, ¿quién soy ahora?

COMEDIANTE.- Eres, ahora, ¡la Inquisidora!

SABINA.- ¿La Inquisidora...?

COMEDIANTE.- ¡No lo dudes, mujer!

(Sabina reflexiona; su silencio origina en el Comediante una creciente inquietud que poco a poco lo obliga a desaparecer del espacio en el que se comienza a producir la transformación de un personaje en otro. Esta vez todo adquiere un color grave, los sonidos son ruidosos, el desapacible viento organiza formas caprichosas que se trasladan a su antojo por el punzante y abandonado lugar; los objetos cambian continuamente sus contornos naturales para hallar los atuendos seductores de imágenes perdidas. La Inquisidora se encuentra, en posición abarcadora, en el tormentoso y brutal espacio; un centro destructor desde el cual puede dominar arbitrariamente cualquier situación.)

INQUISIDORA.- "La Inquisición ordena un auto, particularmente discreto, con 'puertas abiertas', para que a pesar de la exclusión de la publicidad, toda la po-

blación pueda presenciar la humillación del hereje. Una semana antes del acontecimiento por las calles desfilarán siervos y notarios montados a caballo y todos llevarán trompetas, tambores y cornetas. Un heraldo dará lectura a un pregón anunciando que toda la gloria de Dios y de la religión católica, el Santo Oficio, celebrará un auto particular en la iglesia de Santo Domingo el Real. El templo estará abierto para todos los creyentes de la comarca; un día antes de la ceremonia se llevarán a la iglesia la gran cruz verde y el estandarte del Santo Oficio. El prior de los dominicos será el portador de la primera, rodeado por monjes con antorchas que cantarán el miserere y sobre los ricos bordados de damasco púrpura del estandarte figurará el escudo del rey y del Santo Oficio, cruz, espada y vara. Al estandarte seguirán los ataúdes de herejes fallecidos, exhumados, cuya sentencia deberá ser promulgada, acompañados de imágenes de los fugitivos. Una muchedumbre enorme se apiñará en las calles, arrodillándose al paso del estandarte y de la cruz...”

(El Extranjero, con la indiferencia característica del excursionista, sonrisa apagada y atuendos perdularios, interrumpe el discurso de la Inquisidora.)

EXTRANJERO.- Oh, gracias a Dios, ¡un ser humano!

INQUISIDORA.- ¿Cómo...?

EXTRANJERO.- Oh, llevo horas recorriendo las callejuelas de esta hermosa y descascarada ciudad sin encontrar el objetivo que desde tierras lejanas me hizo llegar a esta isla discordantemente atractiva.

INQUISIDORA.- ¿El objetivo...?

EXTRANJERO.- Si no me explico no podrá comprenderme.

INQUISIDORA.- Explíquese, pero sea breve; me aguarda una jornada dura que no admite aplazamientos.

EXTRANJERO.- La comprendo.

INQUISIDORA.- ¡Usted no comprende absolutamente nada!

EXTRANJERO.- O.K.

INQUISIDORA.- Lo escucho.

EXTRANJERO.- Soy del otro lado del océano; pero en mi tierra el sol no alumbra las costas porque, oh, infortunio de los continentes intuitivos, sus rayos el Señor sólo los destinó para derretir los témpanos de hielo que las tormentas heladas depositan en las lagunas que rodean mi vieja y poderosa ciudad.

INQUISIDORA.- ¿Témpanos de hielo en lagunas?

EXTRANJERO.- Y también en los ríos, señora.

INQUISIDORA.- Y nosotros con los calores propios del encendido trópico, con una costa tan prolongada y con todo ese mar seductoramente peligroso.

EXTRANJERO.- Oh, las ironías de la naturaleza.

INQUISIDORA.- Bueno, pero... ¿qué razón hay para que usted viaje a esta ciudad “hermosa y descascarada”? ¿Vendrá en busca de aquello que a usted le falta? He de decirle que eso a nosotros nos sobra.

EXTRANJERO.- Lo sé ... ustedes saben proteger sus poderes y guardan celosamente los espacios aislados del recuerdo...

INQUISIDORA.- Sus palabras son brisas nocturnas, se alejan de la circulación racional, sea preciso, sea coherente, sea humano.

EXTRANJERO.- Trataré , escúcheme... los espacios intransitables de los secretos de este pueblo arrebatan mi espíritu aventurero arrastrándome hasta esta tierra en desgracia.

INQUISIDORA.- Entonces... ¿obedece su presencia a un interés puramente... bohemio?

EXTRANJERO.- Ese interés es propio de los hombres de continentes distantes; ese interés es propio de todo hombre inquieto...

INQUISIDORA.- ¡Usted debería abochornarse!

EXTRANJERO.- ¿De qué...? ¿Por qué?

INQUISIDORA.- ¡Usted debería ruborizarse!

EXTRANJERO.- ¿De qué...? ¿Por qué?

INQUISIDORA.- ¡Por no tener su presencia una razón irrefutable! ¡Por no tener su presencia una lógica irrefutable! Y ya todos estamos hasta la coronilla de tanta gesta solidaria; queremos un punto final que cierre la heroicidad foránea y abra las puertas del patrimonio nacional que aguarda en el herbolario cercano. ¿Querido visitante puedo decir...?

EXTRANJERO.- O.K. Sin dudas, querido por usted me siento y este sentir será trasladado a mis coterráneos y a sus descendientes.

INQUISIDORA.- Querido visitante, ¿usted me comprende?

EXTRANJERO.- Quizás tantas penurias impidan la comprensión de mi empresa...

INQUISIDORA.- *(Retirándose.)* ¡Usted me repugna!

EXTRANJERO.- *(Deteniéndola.)* No se marche, por favor; tenga en cuenta la distancia que he recorrido para llegar hasta su patria.

INQUISIDORA.- *(Se detiene abruptamente y su rostro se contrae con disgusto.)* Usted no pertenece a los cuadros vivos de esta bufonada; usted nunca será el personaje perdido de la parodia. ¡Fuera! Su palabra no hipnotizará a nuestros pobres habitantes.

EXTRANJERO.- Entonces, mi deseo no se cumplirá... he lanzado un sueño al viento y la tormenta invernal lo ha congelado en tierra enemiga.

INQUISIDORA.- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

EXTRANJERO.- ¿Dónde puedo realizar mi deseo?

INQUISIDORA.- ¡Lejos! ¡Bien lejos de esta raza traidora!

EXTRANJERO.- Los hombres sueñan con lo imposible y no buscan consuelo en la derrota. Reitero mi postura, no claudicaré; escúcheme una vez más.

INQUISIDORA.- ¡Maldición!

EXTRANJERO.- Quiero luchar codo con codo junto a ustedes.

INQUISIDORA.- (*Ríe burlonamente.*) ¿Usted...?!

EXTRANJERO.- ¡Lo importante es la causa!

INQUISIDORA.- (*Reacciona impetuosamente.*) Se equivoca; usted es un miserable. ¡Lo importante está en el alma! ¡Lo importante es la vida! ¡La probada necesidad de sentirnos vivos!

(El espacio se estremece brutalmente; relámpagos poderosos inundan de plateado el sitio del encuentro, sombras escapadas de algún recuerdo sin dueño que ahora regresarán a su estado originario para reencontrar su materialidad inicial. Llega un silencio, detrás una brisa, por el cielo entra el sol. La cordialidad despide al Extranjero; la Inquisidora respira amablemente.)

NUNCIO.- Regresemos al acontecimiento; el siervo de Dios espera por el toque divino. Nadie escapará; los que muerden el pecado sufrirán en carne propia el terrible dolor de la dentellada.

ADOLESCENTE.- ¡Tortura usted la nobleza de mi alma! ¿Soy empujado a la hoguera por tener un lunar en el pecho?

NUNCIO.- ¡Calla! No juzgaré tu languidez; gracias a Dios todo en mi conducta está en discordia eterna con lo desmarrado, lo blando y lo enfermo.

ADOLESCENTE.- ¡No estoy enfermo!

NUNCIO.- ¡No escucharé tus réplicas!

ADOLESCENTE.- Entonces... ¡mostraré el lunar de mi pecho!

NUNCIO.- El ojo divino sabrá mitigar tu descaro. ¿Pretendes callar mi voz con tu deleznable osadía? Las malas acciones no tienen espacios para la benignidad y las obras perversas son ajenas a la exculpación.

ADOLESCENTE.- Retórica cruel; destino insondable el del ángel inocente. ¿Por qué sufrir lo no realizado? ¿Por qué bajar la cándida cabeza ante el calumniador? ¿Tengo la obligación de padecer este ultraje?

NUNCIO.- (*Vuelve a leer la carta.*) "... amigos y enemigos, todos juntos, tomarán asiento en una gran tribuna frente a otra destinada a los señores de la Inquisición. Sobre sus cabezas se colgará el cuadro de santo Domingo; yaciendo en el suelo, triste y agotado por la mortificación, con la virgen María

dejando gotear la leche de su pecho a la boca del santo, misericordiosamente. En el centro de la iglesia habrá una peana encima de la cual se colocarán los ataúdes de los herejes muertos y, en pesadas cruces tapadas por un lienzo negro, las imágenes de los fugitivos; un segundo pedestal esperará al hereje en persona..."

ADOLESCENTE.- (*Sobresaltado.*) "... al hereje en persona..."

NUNCIO.- Es suficiente, "hereje en persona". (*Deja de leer la carta del Santo Oficio.*) Ocuparás el pedestal que se encuentra frente a tu ataúd; de tus ropas colgará el sambenito y la zamarra, una soga aprisionará tu cuello y en la cabeza te encasquetarán el alto sombrero puntiagudo, la coraza; llevarás, bastardo del Señor, tus pies desnudos metidos hasta que estalle el dolor en toscos zapatos amarillos de felpa; por último, en tus manos portarás cirios verdes apagados.

ADOLESCENTE.- ¡Estaré encendido por dentro!

NUNCIO.- Has hablado con propiedad; ¡estás encendido por dentro! El Diablo ha prendido el furor de tus deseos y ya no encuentras contención para tus impulsos.

ADOLESCENTE.- Tendré quietud en mi cuerpo cuando la indecencia de mi alma y la profanidad de mis palabras se debiliten ante las réplicas de mis refutadoras personalidades, ante la objeción de mis impugnadores. Pero, puedo castigar mi excitación y promover la sensualidad de mi espíritu.

NUNCIO.- ¡Calla! ¡Omite de tu discurso esa irresponsable conformidad! ¡No transformes nuestro encuentro en blanco y objeto de tu pornográfico proceder!

ADOLESCENTE.- Soy hombre muerto; mis intenciones no son aceptadas... ¡Es apreciable la aplicación de la doctrina indulgente en varones como ustedes! Esta justicia es distinguida...

NUNCIO.- ¡Y también susceptible! Por lo que prohíbo que nuestro diálogo prosiga; he cumplido mi obligación y el Santo Oficio quedará conforme con mi gestión. Tengo que regresar, me esperan otras diligencias; entrego en tus manos la carta y me retiro. (*El Nuncio entrega la carta del Santo Oficio al Adolescente y calmadamente inicia su retirada.*)

ADOLESCENTE.- (*Deteniéndolo.*) ¿Seré hombre muerto?

NUNCIO.- (*Se detiene y lo observa.*) ¿Has tenido vida durante todos estos años? (*Riéndose con prudencia se marcha elegantemente.*)

ADOLESCENTE.- (*Observa la carta del Santo Oficio y la estruja contra su pecho.*) Sí, estoy seguro, siempre estuve vivo; durante todos estos años lo único que hice fue vivir.

(El Adolescente se acerca a una de las teas que arde en los muros de la estancia, logra desprenderla luego de quebrantar las piedras y se retira con la cabeza perdida en secos sueños, con la cabeza derrumbada sobre

sus hombros. La temblorosa sombra de su cuerpo permanece en la estancia, busca protección y en su desesperado estado, otra sombra, escapada de la resplandeciente tea abandonada por el Adolescente, le ofrece consuelo y amparo.)

SOMBRA 2.- Pónese en ridículo la tradición referente al adivino Tiresias. Pasaje 28.

SOMBRA 1.- Menipo y Tiresias; Luciano de Samosata y Diálogo de los muertos.

MENIPO.- Oh Tiresias, si eras o no ciego, no es fácil ya conocerlo; todos tenemos igualmente los ojos perdidos y vacío: sólo nos quedan los huecos en que estuvieron. Por otra parte, no podrías tampoco decir ahora quién era Fineo ni quién Linceo. También sé, porque lo oí a los poetas, que eras adivino y que en ti se reunían ambos sexos, el de varón y el de hembra. Dime, pues, por los dioses: ¿con cuál de ellos tú gozabas de más dulce vida? ¿Con el de hombre o con el de mujer?

TIRESIAS.- Mejor era, con mucho, oh Menipo, el de mujer, porque está más libre de cuidados; las mujeres son dueñas de los hombres; no tienen necesidad de ir a la guerra, ni de estar de por vida vigilando desde las murallas, ni de discutir acaloradamente en la asamblea, ni de juzgar en los tribunales; esa es la gran verdad.

MENIPO.- ¿No has oído entonces, oh Tiresias, qué cosas decía la Medea de Eurípides lamentando la condición pobre de las mujeres, tan desgraciadas y sujetas a los dolores insoportables del parto? Y dime, ya que me lo recuerdan los versos de Medea, ¿pariste tú, respetable adivino, alguna vez cuando eras mujer, o permaneciste estéril e infecundo en aquel estado de vida no definida?

TIRESIAS.- No era estéril, y no parí, sin embargo.

MENIPO.- Bastante es eso; pero quería saber si tenías matriz.

TIRESIAS.- La tenía, indudablemente.

MENIPO.- ¿Y con el tiempo la matriz se fue marchitando, se tupió o obstruyó la parte femenil, se desvanecieron como efluvios consumidos los pechos y brotó la virilidad y te salió la barba, o pasaste de repente de mujer a hombre?

TIRESIAS.- No sé lo que quieres decir; ¿colocas mis dolorosas palabras ante el tribunal de la incredulidad? Comprende que las cosas son como son y no como tienen que ser; no sé lo que quieres preguntar, si no es, según parece, que no crees que la cosa fuese así.

MENIPO.- No conviene, ciertamente, oh Tiresias, dudar de todo lo que has dicho, sin embargo, no gusto de aceptar y dar por reales tales cosas como un necio; yo prefiero examinar, a través de mis conjeturas, si tu relato es o no posible.

TIRESIAS.- ¿Pues no crees que han sucedido tantas otras, como haberse convertido algunas mujeres en aves,

en árboles o en fieras, por ejemplo, Aedón, Dafne y también la hija de Licáon?

MENIPO.- Si alguna vez topo con ellas, sabré lo que dicen sobre todo eso. Ahora bien, excelente varón, cuando tú eras mujer, ¿vaticinabas como más tarde o aprendiste al mismo tiempo a ser hombre y adivino?

TIRESIAS.- ¿Lo ves? Desconoces todo lo que a mí se refiere...

MENIPO.- Oh, noble Tiresias, ¿a qué te refieres?

TIRESIAS.- ¡A que dirimí cierta contienda de los dioses! ¡También me refiero a que Juno me privó de la vista!

MENIPO.- ¡Cuántas sensaciones apresadas en tu contrariado espíritu! ¿Cómo haces para que proeza y pobreza no destruyan las partes de tu alma?

TIRESIAS.- ¡Júpiter dulcificó mi desgracia concediéndome eternamente el don de adivinar!

MENIPO.- ¿Insistes aún, Tiresias, en tus mentiras?

TIRESIAS.- ¡No prosigas con tus insultos!

MENIPO.- Es cierto que obras de conformidad con todos los adivinos, pues es costumbre entre vosotros no decir absolutamente nada de provecho para nosotros.

SOMBRA 2.- Concluye el pasaje entre Menipo y Tiresias.

SOMBRA 1.- Cierran ya las cortinas del pasado y viejas cuartillas incomprensibles se desprenden del libro prohibido; la civilización siente nostalgia por las grandes leyendas, la civilización desprecia toda respiración agotada, toda lectura revisionista de sus nobles mitos.

Episodio del rescate

Centinela.- Pasan las horas y mi alma se consume sobre esta torre antigua; tiempos modernos se lanzan sobre largas y perdidas horas. Nadie se acerca al muro histórico, todo permanece como antes y sólo mi cuerpo se transforma; eventualmente una estrella viajera me recuerda que estoy vivo... y viejo. He envejecido sobre esta torre vieja... he sido vigía de la historia y ahora estoy casi ciego de tanto mirar y de tanto callar.

(El Gentilhombre se detiene ante la puerta de un antiguo castillo; altos muros descascarados se alzan imponentes y llegan casi hasta el cielo. Las nubes descienden como carrozas de nieve conducidas por caprichosas transparencias; la temperatura y su perfume embriagan al Gentilhombre.)

GENTILHOMBRE.- Oh, mundo encantado, ¿dónde has detenido la vital agilidad de mis pies? ¿Estoy, quizás, en el lugar del mago rey? ¡Responde, por pie-

dad! ¿Has logrado que mi ebria imaginación tropiece con el esplendoroso recuerdo del pasado que tanto disfruté?

(El Centinela, muy agotado, se asoma y desde la torre contempla al Gentilhombre.)

CENTINELA.- Oh, estrella viajera...

GENTILHOMBRE.- *(Muy asustado.)* ¿Quién me habla?

CENTINELA.- Escuchas la voz de aquel que vive por tus viajes.

GENTILHOMBRE.- ¿Mis viajes...?! No acostumbro a viajar.

CENTINELA.- No mientas, mi estrella.

GENTILHOMBRE.- No soy tu estrella.

CENTINELA.- Entonces, ¿quién eres? Desde hace siglos nadie llega hasta los ladrillos de este castillo; si tú no eres mi estrella viajera es mi deber hacer resistencia a tu llegada, es mi obligación enfrentar todo aquello que resulte ajeno a nuestra historia.

GENTILHOMBRE.- Son tus palabras enigmas que no puedo responder y que me hacen enmudecer.

CENTINELA.- Te creo porque evidencias tu desespero; mas, ¿qué haces tratando de recorrer la historia?

GENTILHOMBRE.- ¿Qué historia...?

CENTINELA.- La de este castillo.

GENTILHOMBRE.- No vengo a lo que piensas; soy en este instante quien no quisiera ser. Estoy obligada, es decir, obligado a rescatar, miserablemente obligado, a quien no conozco.

CENTINELA.- No te puedo comprender.

GENTILHOMBRE.- Ni lo intentes.

CENTINELA.- ¿Por qué?

GENTILHOMBRE.- Porque otorgarías a mi empresa la corona del servilismo; estoy con el pecho desnudo, pero un sentimiento abyecto reposa en mi sangre.

CENTINELA.- Sientes mucha vergüenza de tu propio proceder; desconozco la causa de aquello que tanto lastima tu pudor pero es mi deber ablandar con mis palabras el desprecio que manifiestas por tu obrar.

GENTILHOMBRE.- Yo te escucho.

CENTINELA.- Dios nos crea y sobre esta tierra nuestros huesos se enredan; carnes blancas y negras se mezclan y la vil apariencia nos gobierna. Somos una familia sin cabeza, una tropa derrotada, una manada de lobos traidores; todos estamos de servicio en este planeta y nunca dejaremos de ser el séquito del Señor. No agotes, querido, tus días con tantas quejas.

GENTILHOMBRE.- Te comprendo, mas, tus palabras no me consuelan.

CENTINELA.- Lo sé. El consuelo constituye lugar común; no pretendo transformar tu desconsuelo; sólo soy un Centinela que de tanto vigilar aquello que nunca llega ha olvidado el color de la aurora, la sensación de la sed y de la pasión del amor.

GENTILHOMBRE.- Pobre de ti, hermano.

CENTINELA.- No sientas piedad por mi desgracia; corre y halla lo que buscas; detrás de duros esfuerzos el cuerpo entero alcanza la medida de lo justo.

GENTILHOMBRE.- Sean tus palabras amables llamados de gloria y finas gestiones de paz.

CENTINELA.- Hablas de rescatar a quien no conoces.

GENTILHOMBRE.- Es cierto; no tengo otra opción.

CENTINELA.- ¿Puedo ayudarte en algo?

GENTILHOMBRE.- No creo que puedas hacer mucho por mí.

CENTINELA.- Hace cien años que estoy sobre esta torre; todo cuanto ha ocurrido desde entonces yo lo conozco. El tiempo no pasa por gusto; ten confianza en mi memoria de atalayero.

GENTILHOMBRE.- Te creo, buen hombre; escucha mi historia y regístrala en tu memoria y escóndela durante otros largos cien años.

CENTINELA.- Eso haré; sacude tu dolor y abre tu corazón para que su estela llegue hasta mi razón. Te escucho con atención.

GENTILHOMBRE.- Soy relegada por condición; sí, he dicho relegada, ¡hombre no soy! Si estos aturdidos masculinos confunden tu percepción es mi deber comunicarte que en verdad mujer soy. Cuando los hombres de mi tierra se aburrieron de mi cuerpo me echaron y desde entonces soy des crédito para el rebaño del Señor; antes era Espectro, Dolorosa y Paniagua, ahora Gentilhombre soy y cada día seré lo contrario del día anterior y nunca más volveré a ser la puta que eternamente quise ser.

CENTINELA.- Todos vivimos en la corrupción, querido, perdón, querida; no obstante, es saludable reconocer los deseos fétidos de cada placer. Tú no eres perfecta, nadie jugará su verdad en el juego de la honestidad. Todos aparentamos lo que en verdad somos, aunque para comprobarlo tenga nuestro espíritu que transitar etapas no deseadas; no te acuso por ser meretriz, sólo prometo hacer lo imposible para preservar el mito de tu desánimo dentro del purismo de la historia.

GENTILHOMBRE.- Oh, besaré tus pies.

CENTINELA.- No podrás, mujer, ya no puedo descender y tú nunca podrás ascender.

GENTILHOMBRE.- Oh, la insoportable permanencia de la distancia, la inmensurable permanencia de la distancia.

CENTINELA.- No me has enterado aún de la esencia de tu transformación; ¿a qué obedece tu cambio de sexo?

GENTILHOMBRE.- ¿Tan masculino me ves?

CENTINELA.- Con esos ropajes tan bélicos...

GENTILHOMBRE.- Mejor no pregunto más.

CENTINELA.- Es lo mejor, querida.

GENTILHOMBRE.- Ciertamente, ¡me veo como un demonio! Soy portadora de una identidad sexual distinta a la real; soy la otra cara de la moneda y, sin embargo, no puedo dejar de estremecerme ante la presencia de una bragueta.

CENTINELA.- Por Dios, mujer, cumple con tu deber y esconde definitivamente esa pasión terrible que te caracteriza. Quiero saber de una vez, para salir de esta consternación en que me encuentro, el por qué, mundana, de tu llegada hasta este olvidado paraje.

GENTILHOMBRE.- Tengo la obligación de rescatar a una margarita.

CENTINELA.- ¡¿Una margarita...?!

GENTILHOMBRE.- La margarita del placer nocturno.

CENTINELA.- No lo puedo creer.

GENTILHOMBRE.- Si lo logro tendré posada y un buen posadero.

CENTINELA.- Para empresa tan peligrosa es muy pobre tu recompensa, querida.

GENTILHOMBRE.- No tengo otra opción.

CENTINELA.- ¡Estás loca!

GENTILHOMBRE.- ¿Por qué...?

CENTINELA.- ¡Completamente loca! ¡Estás trastornada!

GENTILHOMBRE.- Veo en tu rostro el reflejo del horror.

CENTINELA.- El mismo horror que se reflejará en tu semblante cuando en tu camino se aparezca el Dragón del templo embrujado.

GENTILHOMBRE.- ¿El Dragón del templo embrujado?

CENTINELA.- El protector de la margarita del placer nocturno.

GENTILHOMBRE.- Centinela, ¿conoces la historia?

CENTINELA.- ¿Olvidas que llevo cien años sobre esta torre?

GENTILHOMBRE.- Estoy muy confundida.

CENTINELA.- Ya tendrás tiempo para estar mucho más confundida.

GENTILHOMBRE.- Mucho tú conoces.

CENTINELA.- La prudencia me impulsa al silencio.

GENTILHOMBRE.- Debes ayudarme.

CENTINELA.- No debo, ¡ni puedo!

GENTILHOMBRE.- ¡Le temes al Dragón del templo embrujado!

CENTINELA.- Por supuesto, ¡se trata de un Dragón!

GENTILHOMBRE.- ¿Por qué escondes tu mirada?

CENTINELA.- Estamos hablando de una fiera.

GENTILHOMBRE.- ¡No mientas!

CENTINELA.- El hombre y los animales viven en el mismo mundo que seduce nuestros juicios; el mundo que nos rodea no puede ser transformado por un acto caprichoso o por una arbitraria voluntad.

GENTILHOMBRE.- ¿Qué me has querido decir?

CENTINELA.- Nada; hay significados tan distantes de la razón que se precisa de gestos para esquivar elegantemente el anonadamiento del interlocutor. (*El Centinela se despide del Gentilhombre con un soberano gesto de su brazo.*)

GENTILHOMBRE.- Por Dios, no me abandones entre tantas leyendas; escucha, ¡me ahogo entre tantas palabras que ya no comprendo!

CENTINELA.- Trataré de registrar para la historia las nuevas verdades de la modernidad. Estoy acostumbrado al asombro ante los hechos; lo que ha ocurrido esta noche entre tú y yo es sólo un acto de magia, en la historia quedará así.

GENTILHOMBRE.- Escúchame, ¡no estoy de acuerdo! Me opongo ya que en verdad yo existo, yo no soy la nada sobre la nada. Nuestro encuentro es una verificación de que los hechos existen; eres tú, sólo tú, el que introdujo en este diálogo la palabra "Dragón", lo cual quiere decir que nuestro encuentro deviene hecho mágico gracias al elemento fantástico que tú has propuesto, pero, querido, las esencias del hecho no tienen absolutamente nada que ver con tu afectada inventiva sobrenatural.

CENTINELA.- Esa es la palabra, "afectada", testimoniaré este suceso como una historia afectada. Que Dios bendiga tu alma, mujer; ya me retiro, pero, sembrar es recoger, abriré la puerta del castillo para que tu letargo se subordine al bien.

GENTILHOMBRE.- Me abandonas porque mucho sabes; todo aquel que conoce el valor de una evidencia conoce el precio del peligro.

CENTINELA.- Te abandono porque en este episodio mi historia ya concluyó.

ESPECTRO.- Estoy ante la puerta del dolor, en un territorio vulgarizado y nada vulnerable. ¿Quién soy ahora? ¿Frente a quién estoy? ¿Será cierto que todo regresa desde el pasado para hacer perdurar la presencia de los públicos? Quisiera volver al inicio de la historia y arrepentirme de haber obedecido al Disparatado; rescatar es palabra de mucha responsabilidad, rescatar, tropezar con el secuestro, volver la página de la condena, ignorar los motivos, las esencias de la cosa; pensar en aquel que se duele por la que sufre, oh, margarita del placer nocturno...

(El Adolescente se petrifica al escuchar al Espectro y pausadamente le dirige una mirada. Una extrañeza creciente se instala en el interior de la cúpula renacentista; sátiros enloquecidos seducen al Adolescente, el Espectro tiende sus manos para reclamar piedad; pero, sólo es escuchada por el joven. Las miradas de ambos traducen las palabras que los gestos abogan; ella, el Espectro, en su doble condición, siente la llegada y la partida de todas las distancias, sus arterias son largas y estrechas avenidas que ya los sátiros abordan. El Adolescente le sonrío al Espectro tratando de disipar la confusión que observa en el rostro de la mujer.)

ADOLESCENTE.- Soy humano y nada humano me es ajeno.

ESPECTRO.- ¿Qué quieres decir?

ADOLESCENTE.- Trato de definir el predominio del hombre para lograr la preservación natural de su pensamiento y de su cultura; quiero la eternidad de las cosas, sólo así el hombre alcanzará la verdad total del alma.

ESPECTRO.- Deseas lo bello de todo aquello que lo feo oculta en nuestro espíritu.

ADOLESCENTE.- Lo sé; no obstante, desearlo es posibilitar la realización del hecho. Dios nos hizo sus hijos para creer en su existencia; si él existe, ten la certeza de que no estamos solos.

ESPECTRO.- ¿Sientes la presencia de Dios?

ADOLESCENTE.- La siento.

ESPECTRO.- Pero, tú sufres.

ADOLESCENTE.- El Señor ablanda mi sufrimiento.

ESPECTRO.- Hablas del espíritu.

ADOLESCENTE.- Tienes razón.

ESPECTRO.- Yo me refiero a tus carnes.

ADOLESCENTE.- Lo sé.

ESPECTRO.- ¿Comprendes mi curiosidad?

ADOLESCENTE.- Por supuesto.

ESPECTRO.- Entonces, respóndeme con el corazón en la mano.

ADOLESCENTE.- Ya no puedo hacerlo así.

ESPECTRO.- ¿Por qué?

ADOLESCENTE.- Porque ahora mi corazón habla desde Dios.

ESPECTRO.- Tratas de confundirme.

ADOLESCENTE.- Ya dejé de ser yo; ahora pertenezco al Señor.

ESPECTRO.- ¿Y tú...?

ADOLESCENTE.- ¡Yo!

ESPECTRO.- ¿Dónde está tu voz?

ADOLESCENTE.- No trates de hallarla en mí.

ESPECTRO.- Si no tienes tu propia voz, pues, ¿qué tienes?

ADOLESCENTE.- Paz espiritual.

ESPECTRO.- No es suficiente.

ADOLESCENTE.- No necesito nada más.

ESPECTRO.- De ser así, has dejado de ser tú.

ADOLESCENTE.- Has acertado.

ESPECTRO.- Oh, muchacho, dime ahora, ¿quién eres?

ADOLESCENTE.- ¿Quién quieres tú que sea yo?

ESPECTRO.- Bendito Dios, pobre de ti.

(Una repentina sacudida de la tierra interrumpe el diálogo para alterar el orden del lugar; una nube de polvo coloreado ahoga la dañada figura del Adolescente hasta hacerlo desaparecer por completo. Se escucha un coro lejano, muy lejano; el Espectro, perplejo, se llena de horror al presenciar la apocalíptica aparición del Dragón. Regresa al espacio la armonía de la naturaleza, pero la atmósfera prosigue repugnante, tremebunda y fea; el silencio y el eco del coro, ahora mezclados, no impiden que la agitada respiración del animal se integre al ritmo que se estableció por el inesperado encuentro.)

DRAGÓN.- Poco debes decir, todo yo lo sé.

ESPECTRO.- ¿Usted...? ¡Había!

DRAGÓN.- ¡No me preguntes absolutamente nada!

ESPECTRO.- Prefiero callar.

DRAGÓN.- ¿Me ves bien?

ESPECTRO.- Perfectamente.

DRAGÓN.- ¡Mírame!

ESPECTRO.- Eso hago, señor... Dragón.

DRAGÓN.- ¿Eso piensas?

ESPECTRO.- No comprendo su pregunta.

DRAGÓN.- ¿Piensas que soy un Dragón?

ESPECTRO.- Veo que usted es un Dragón.

DRAGÓN.- Por lo tanto, percibes tu pensamiento.

ESPECTRO.- Si veo, pienso.

DRAGÓN.- ¿Qué soy?

ESPECTRO.- Eso, un... Dragón.

DRAGÓN.- ¡Mírame una vez más!

ESPECTRO.- No he dejado de mirarlo ni un segundo.

DRAGÓN.- ¿Qué ves?

ESPECTRO.- Lo veo a usted, veo al... Dragón.

DRAGÓN.- ¡Piensa en lo que ves!

ESPECTRO.- En eso pienso.

DRAGÓN.- ¿Y...?

ESPECTRO.- No me pregunte nada más, por favor.

DRAGÓN.- Tu resistencia a la reflexión es muy lamentable.

ESPECTRO.- Mejor me retiro, con permiso. *(Se marcha precipitadamente, pero el Dragón la detiene.)*

DRAGÓN.- ¡Regresa!

ESPECTRO.- *(Se inmobiliza; lentamente regresa.)* ¿Cómo oponer mis sentimientos a esta realidad terrible que pugna con mi desaliento? Sólo quiero, señor, escupir el pasado para...

DRAGÓN.- Prosigue, te escucho.

ESPECTRO.- No puedo; mejor hago silencio.

DRAGÓN.- ¿Por qué?

ESPECTRO.- Prefiero hablar lo estrictamente necesario.

DRAGÓN.- No trates de confundirme; yo conozco perfectamente esta historia. Se trata precisamente de eso, de visiones perdidas; no importa el antiguo espacio que el autor escogió para desarrollar la naturaleza del conflicto que se esconde en esta historia, eso no importa, los autores viven de sus fantasías; lo verdaderamente esencial lo puedes hallar en las equivalencias de cada episodio o en el desperdicio de cada exceso literario. Haces bien con tu determinación de prudencia, hablar significa decir, pero, hablar por hablar, oh...

ESPECTRO.- Gracias a Dios, usted, que es un Dragón y no, evidentemente, un ser humano, un hombre, es quien escucha y comprende mi determinación de prudencia.

DRAGÓN.- Es que un buen silencio tiene en la actualidad alto precio; sé que has andado por los estrechos y raros senderos de esta historia para descubrir y recomponer la triste leyenda de un viejo amor.

ESPECTRO.- Es cierto, debo hallar la margarita del placer...

DRAGÓN.- Vuelves al silencio, ¿por qué?

ESPECTRO.- Temo haber perdido el tiempo en una empresa desapacible, áspera, desconcertante.

DRAGÓN.- Esta vez, querida, reflexionas.

ESPECTRO.- ¿Es que la margarita del placer nocturno es parte del inordenado ingenio del autor?

DRAGÓN.- ¡Preguntas por Dios!

ESPECTRO.- No mal interprete mi pregunta, he preguntado, quizás, por el Diablo.

DRAGÓN.- Para nosotros, los Dragones, no existe ninguna diferencia entre Dios y el Diablo. Para nosotros, querido, las diferencias no resultan aplicables; creemos en todo y no creemos en nada. Nos ocurre como le ha ocurrido al autor de esta historia, ha dibujado dos sexos para un personaje, hombre y mujer pueden y de hecho son un solo ser; tú eres el resultado de ese delirio por la dualidad. Esa espantosa actitud contemporánea se materializa con total delicadeza en la margarita del placer nocturno.

ESPECTRO.- Hable, por favor, con mayor claridad.

DRAGÓN.- ¡Mucho has hecho por nada!

ESPECTRO.- Conoce usted aquello que yo desconozco; conoce usted el misterio que debo hallar para lograr aplacar el desconuelo que me atormenta. No quiero vivir de ilusiones; toda las quimeras que ambiciono hallarán reposo con sus verdades, no las oculte, no las silencie, por Dios, ¿qué sabe usted sobre el ensueño del Disparatado? ¿Es la vida moderna una permanente búsqueda del deseo perdido? ¿Es la margarita del placer nocturno la verdad que se cubre con la aberración?

DRAGÓN.- ¿Quién eres tú?

ESPECTRO.- ¿Yo...?

DRAGÓN.- ¿Has mirado hacia el interior de tu ser?

ESPECTRO.- No es necesario; yo me conozco, yo me siento autoexplorada. En este instante yo no importo, se trata de conocer a otra persona, de hallar el secreto rincón que pierde la imagen de otra persona, se trata de dar paso a la vida ajena con el objetivo de estabilizar la propia.

DRAGÓN.- Poco puedo hacer por ti. Si ahora me preguntas, escúchame bien, por qué el autor escribió para un Dragón en el drama, quizás, deba responderte que es un Dragón el autor de esta historia.

ESPECTRO.- ¿Por qué trata de confundirme? ¿Por qué hacer de mis acciones los eslabones de una causa ya perdida?

DRAGÓN.- ¿Por qué soy un Dragón y no un ser humano? ¿Por qué soy benigno y no maligno? Bah, que el autor de esta bobería cargue con la estupidez de los personajes y que toda posible razón se convierta en mierda; verdades y mentiras, de ellas está repleta la vida. No pienses nunca más en el destino eventual, piensa en las inexplicables repercusiones de la soledad, piensa en el pasado y cultiva con tus sueños la secreta materialidad de sus huellas; no hay por qué rebajarse ante la estrecha presencia del mal. Esa es la vida, una hibridación de moralidades, una eterna sorpresa.

ESPECTRO.- Sus palabras poco me hacen recordar.

DRAGÓN.- Lo sé, pero tus recursos para rescatar los recuerdos, no te ofendas, me resultan mórbidos y enfermizos; lo juro por Dios.

ESPECTRO.- Tengo recuerdos nobles, lo sé, pero son recuerdos accidentados, deformes, no propios.

DRAGÓN.- Comprendo tu ignorancia; no has sabido fecundar tus resplandores intelectuales.

ESPECTRO.- Sus constantes ofensas sólo promueven en mi desespero un instinto suicida; pero, me produce terror imaginarme sin vida, yo quiero vivir; aunque, ¿cómo vivir sin saber quién soy?

DRAGÓN.- Esa es la clave del autor, esa es la pauta; ¿te puedes reconocer en tu pasado? Si lo logras, eres tú y no aquel que los otros piensan que eres. Debes pensar en tu rol, en el papel que debes jugar en el pasatiempo social; "¿cómo vivir sin saber quién soy?" He cumplido mi papel, el autor debe estar muy satisfecho con mi actuación, logré mi objetivo en la historia, lo logré.

ESPECTRO.- ¿Eres realmente un...? Usted es, ¡no! ¿Eres realmente un Dragón? ¡He sido víctima de un engaño! Y ahora, ¿qué hago? ¡Tú eres el culpable! ¡Tú! ¡Tú! Ya puedo tratarte de tú, ¡tú! ¿Quién eres?

DRAGÓN.- No olvides que estamos en una época en la que todas las criaturas pueden hacer sin ser; hoy todo es probable, la modernidad todo lo puede saborear.

ESPECTRO.- ¿Eres realmente un Dragón?

DRAGÓN.- Nunca olvides esto, la memoria es un acto de asociación; no hay nada más doloroso que la pérdida de la memoria.

(Nuevamente la tierra se sacude con violencia; el polvo crece desordenadamente y cubre la imagen del Dragón colocando en su lugar la figura del Adolescente. El joven aún expone en su helado cuerpo el brutal destino

que la vida entregó a su alma. Sus ojos, hundidos en la penumbra, se pierden detrás del cansado parpadeo; el cielo se torna gris, los gemidos de un lobo en celo penetran en el lugar para promover definitivamente el diálogo entre el Espectro y el Adolescente. Las sombras que habitan el sitio son claras, sencillas, afables y profusas.)

ESPECTRO.- Tu estado penetra en mis carnes y me tortura hasta el martirio; sin embargo, nada puedo hacer para endulzar el dolor que te consume.

ADOLESCENTE.- No sientas piedad por mi sufrimiento; no trates de atemperar la aborrecible actitud que el Diablo sembró en mi pecho. La seducción de Lucifer clavó en mis deseos la espada del fracaso y mis cantos de gloria se marchitaron por la constante pérdida de voz; ahora soy execrable ante los ojos de la ciudad curiosa, pero, ¡juro por Dios que soy inocente!

ESPECTRO.- Hablas con todo derecho sobre tu inocencia; hablas y yo te escucho, pero, escucho un eco que se prende con fuerza para agarrarse de la génesis de un pecado; perdona esta inesperada visión de mi clarividencia, pero, algo turbio late en tu pasado, algo horrible te ha condenado. ¡Eso escucho!

ADOLESCENTE.- ¡Calla! Conozco el fundamento de tu empresa, conozco la razón que te arrastró hasta mi espacio fatal; pobre de ti, nunca entenderás nada. Te engañas al ver en mi pasado un pecado, no hay un pecado, hay mil pecados en mi pasado; como moscas que devoran los deshechos de un carnero, así de sucios son mis pecados, ¡mis mil pecados! ¿Y qué? Pobre de ti, nunca entenderás nada, nunca; no obstante, eres parte de esos ojos que me observan con reproche, aunque, al principio no estaba seguro.

ESPECTRO.- Dudo ahora de tu inocencia.

ADOLESCENTE.- Dudas de aquello que se hace verdad mientras se acerca mi muerte.

ESPECTRO.- Simplemente eres un pecador.

ADOLESCENTE.- Soy lo que tú no ves. Vengo del mar y sobre mi corona de laurel crece un verde corcel. Soy el hijo del sol que disfruta del son. Vengo desde el verde pincel para encender tu clavel.

ESPECTRO.- Tratas de esconder tu pecado; de nada te servirá, escúchame bien, soltar tu lengua para proferir discrepancias. No puedo incriminar tu proceder pues desconozco su razón; pero, creo en la existencia de tus pecados porque veo sus huellas en el floreo de tus versos.

ADOLESCENTE.- ¿Versos...? ¿Quién siembra pan en el don de tu saber? ¡Eres quien no quieres ser! Soy el niño que tú quieres ser; esta historia se perdió al trocar su dirección, como las aves esta historia voló hasta alguna lejana estación. Mientes si crees en tu ser, mientes desde ayer.

ESPECTRO.- No atesoraré tus palabras, no daré crédito al sórdido coro que descansa en tus entrañas. ¡Tú nunca serás lo que yo busco!

ADOLESCENTE.- ¡Tú no buscas a nadie!

ESPECTRO.- ¿Cómo te atreves a negar aquello en lo que yo creo?

ADOLESCENTE.- ¡Porque sé que tú sólo crees!

ESPECTRO.- ¡Para el hombre creer es suficiente!

ADOLESCENTE.- Creo en tu equivocación.

ESPECTRO.- ¿Por qué?

ADOLESCENTE.- Porque el creer es una sentencia del cielo que sólo promueve al crédulo. Pero, ¿dónde encuentra consuelo el incrédulo?

ESPECTRO.- Oh, escucho una pregunta perversa.

ADOLESCENTE.- ¡Respóndeme!

ESPECTRO.- ¡Que el incrédulo busque su maldito consuelo bien lejos del cielo!

ADOLESCENTE.- Entonces, ¿qué haces tú sobre este suelo?

ESPECTRO.- Hablamos del cielo.

ADOLESCENTE.- Y del crédulo.

ESPECTRO.- ¡Tú te refieres al incrédulo!

ADOLESCENTE.- ¿Por qué mientas al Infierno?

ESPECTRO.- ¡Habla! Presiento que mucho callas.

ADOLESCENTE.- No es cierto; quizás, mucho olvido.

ESPECTRO.- ¿Cómo recuperar la sangre que me falta? ¡Tendré valor! ¡Esta vez continuaré hasta el final! Debo recomponer este rompecabezas, pieza por pieza; cuando reconstruya todas las partes de la figura, regresaré.

ADOLESCENTE.- No estás ante un juego de paciencia; pero, tendrás que tener mucha paciencia para lograr desentrañar el juego de esta historia.

ESPECTRO.- Un presentimiento terrible engloba tu consejo; el tiempo se ha consumido sobre mis contingencias para testimoniar el error de mi proceder. ¿Será que habré perdido el juego? ¿Será que habré orientado las rutas de mi descorazonamiento en sentido contrario a la finalidad de mi curso?

ADOLESCENTE.- El único camino de regreso a la ciudad del Sur está bloqueado; hay guerra muy cerca y la frontera cerró sus puertas. Lo siento, créeme, pero, estás obligada a la resignación; sólo debes creer en la estampa, en la semejanza y también en la metáfora.

ESPECTRO.- ¿Y tú...? ¿Por qué te empeñas en el enmascaramiento? ¿Temes que tu condena se multiplique? No quiero saber quién eres, ¡lo juro!, sólo quiero verte ahogado por la conflagración de los mundos.

ADOLESCENTE.- ¿Por qué ha crecido tu ensañamiento hacia este pobre detenido?

ESPECTRO.- ¡Porque tu actitud pretende restarle autoridad al logro de mi predicación!

ADOLESCENTE.- ¿Predicación?! Oh, infamia total al Reino Celestial; ¡qué indecencia!

ESPECTRO.- Moral no tienes para desaprobar mis palabras; eres ya cualquier cosa, no eres hombre. Cuando llegué y tropecé con tu cuerpo una noble compasión se adueñó de mi sorpresa; ahora, no sé, se retracta mi buena voluntad y ya no creo en tu virginidad de santo. ¡Yo te condeno!, aunque, mi sentencia no posee sólidos argumentos preexistentes.

ADOLESCENTE.- Eres tú la culpable del mundo moderno; tú personificas en tu contradicción la ambigüedad que hace polvo y atrofia la disparidad de caracteres que toda sociedad debe conservar.

ESPECTRO.- Tú morirás; yo quedaré con vida. Trataré de reorganizar el comportamiento del hombre, lo haré y sólo tu errante espíritu estará conforme. Pero, ¿qué pasará con el carácter de aquellos que están sanos y salvos? ¿Ellos aprobarán mis intenciones de limpieza y sanidad? ¡Vete a la mierda, pervertido! Todas las cosas son como Dios las dispuso; el mundo siempre será como hoy es. Tratar de transformarlo, tratar de alterar su orden, tratar de sacrificar todo el sistema que lo coordina equivale a expirar como culpable en el intento; ¡justo lo que está pasando contigo! Prefiero lo eterno a lo fugaz.

ADOLESCENTE.- ¡Eres mundana hasta en tus proverbios! ¿De tanto correr por el mundo y de tanto abrir grandes portañuelas has, por casualidad, olvidado la decencia? Escúchame, ¡no suspires tan victoriosamente por el efecto que tus ofensas provocan en mi rostro! ¿Por qué no te colocas sobre este pedestal y observas como lo hace este sacrilego ese atadú? Todos defendemos una verdad para entonces lograr proteger todas nuestras desfiguraciones; eso es vivir, Paniagua, y lo demás es una evidencia por desentrañar. Estamos en la misma canasta, ¡somos la misma miserable cosa! De cualquier manera, me desconoces, y te confundo; ¿estoy en lo cierto o no?

ESPECTRO.- Hablas con razón; ¿quién eres?

ADOLESCENTE.- Coloca tu mirada en el horizonte; ¿qué ves?

ESPECTRO.- Una línea que indica dónde termina el mar.

ADOLESCENTE.- ¡No retires la mirada! ¿Qué ves?

ESPECTRO.- Una línea que indica dónde empieza el cielo.

ADOLESCENTE.- ¿Y el color? ¿Cuál es el color que brilla allá?

ESPECTRO.- El color azul; allá brilla el color azul.

ADOLESCENTE.- Trata de introducir en tu corazón el cielo y el mar azul, trata de introducir en tu ya muy cansado corazón el horizonte partido en dos, trata de introducir en tu ya muy cansado y deleznable corazón tanto color.

ESPECTRO.- *(Canta.)* ¿Madre del yermo?
¡Nunca más!
Soy obscena,
es verdad;
soy fornicadora,
es verdad;
¿Madre del yermo?
¡Nunca más!

ADOLESCENTE.- Sientes horror y repugnancia del espejo ovalado que te denuncia; lo sé, yo creo en tu fracaso y creo también en tu muerte.

ESPECTRO.- ¡No! ¡No quiero morir!

ADOLESCENTE.- Pero morirás; es necesario que mueras.

ESPECTRO.- ¿Por qué?

ADOLESCENTE.- Porque la muerte es la última puerta que cierra la vida.

ESPECTRO.- Entonces, ¿crees necesaria tu muerte?

ADOLESCENTE.- Un hombre me arrancó del jardín y sobre su frac me enterró; ¡yo nunca estuve viva!

ESPECTRO.- Oh, ¡no! ¡La margarita del placer nocturno!

ADOLESCENTE.- Es cierto, ¿cómo has podido olvidar tu encomienda? ¡Cumple con el Disparatado!

ESPECTRO.- ¡Qué historia más disparatada!

ADOLESCENTE.- ¿Qué pretendes reclamarle a tu destino?

ESPECTRO.- Quiero revisar mi historia; quiero reordenar mi pasado para postular mis logros ante el poderoso universo. Si una mirada hacia atrás cambiara el orden actual yo no hubiera establecido contigo este diálogo artificial; si todo fuera transformado por una mirada el mundo nunca registraría sus mares en los mapas arqueológicos. Estar dentro de esta tierra mojada de sal es como suspirar por una mentira robustecida.

ADOLESCENTE.- Vivir para ver.

ESPECTRO.- ¡Tú no has existido!

ADOLESCENTE.- ¿Son mis palabras pajas que el viento se lleva hacia el mar?

ESPECTRO.- ¡Tú no existes!

ADOLESCENTE.- ¿Es mi cuerpo una chispa irrespetuosa que vomita su calor hacia el mar?

ESPECTRO.- ¡Tú no existirás!

ADOLESCENTE.- Yo seré tu eterno recuerdo.

ESPECTRO.- Vivir para ver.

(Se escuchan fragorosos toques de campanas. Enormes nubes blancas penetran en el recinto; estelas plateadas cubren al Adolescente y lo coronan con su espléndida magnificencia. Su cuerpo, luctuoso, comienza a ascender mientras un coro de voces fulgentes incrementa su canto de despedida; el joven, luchando para equilibrar su ascensión, se pierde entre las nubes. El Espectro, muy sorprendido, deja caer sus ojos sobre el sambenito, la zamarra, la sogá, la coróza, los zapatos amarillos y los cirios verdes apagados. Todo huele a pasado, todo huele a antepasados; el Espectro se acerca lentamente al ataúd y, al llegar, dobla su espalda ante el féretro para aspirar la fetidez que emana de su interior. El mal olor le produce una conmoción que de golpe lo desploma; un silencio agudo inunda la estancia.)

Episodio del regreso

Comediante.- ¡Hola don Portento! Un viejo fantasma recorre las calles de La Habana; esta ciudad de grandes lumínicos se perdió al ser señalada con el dedo. Y las cosas siguen igual, y las gentes humildes de la ciudad antigua se preservan para aguardar por la llegada de la ya cercana nueva ciudad. El mar, siempre el mar, el mar como señal para conservar; la ciudad cercada por el mar que escucha la quieta amenaza, la contrariedad del silencio. Una isla cantada por trovadores, el éxodo permanente y el mar inquieto ante la vibración del eco ciudadano; el misterio de una amada y hermosa isla.

(Estancia pequeña en blanco. Sabina, extenuada, se mece en una dormilona.)

SABINA.- Bendito Dios, ¡qué barbaridad!, ¡qué tarde es!; este desgraciado chiquillo me tiene hasta el último pelo. Es horrible la vida en esta casa; me siento muy desgraciada, ¡soy una mujer completamente desgraciada! ¡Qué horror! Quiero correr y esconderme de tanta miseria; porque esa es toda mi maldición, ¡la maldición que me consume como un cáncer se llama miseria! ¡La miseria! ¡Si yo pudiera hacer lo que quiero!, ¡si yo pudiera hacer lo que quiero!

(Sigilosamente aparece Tito en la estancia. Sabina, muy sorprendida, lo observa con detenimiento y reproche para lograr controlar el estremecimiento que su repentina llegada le produce.)

TITO.- Buenas noches.

SABINA.- ¡¿Buenas...?! ¡¿Buenas, Tito?!

TITO.- Por favor, no quiero escuchar gritos.

SABINA.- ¡Y yo no quiero escuchar tu oposición!

TITO.- Me parece muy oportuno que determinemos hacer las cosas con ecuanimidad y racionalidad.

SABINA.- ¡No tienes vergüenza!

TITO.- No es necesario que tu rencor se escape con tanta agresividad; ¡basta de sermonear!

SABINA.- ¡Dios!, ¿qué pasa con la familia isleña? No permitas que la tradición criolla sea devorada por la miseria moderna, ¡no lo permitas!

TITO.- ¡Miseria moderna! Tienes razón, el mundo moderno, el mundo al que pertenecemos, es una miseria; una inevitable miseria que penetra en todas las casas de la tradición criolla.

SABINA.- ¡Estás jugando con un problema muy serio!

TITO.- Lo sé.

SABINA.- ¿Y no te importa, Tito?

TITO.- Me importa un rayo la seriedad del problema; sólo quiero liberarme de todo aquello que implique dificultad, duda, ambigüedad.

SABINA.- ¡¿Quieres vivir como un Rey?!

TITO.- ¡No! Quiero vivir, sólo eso; ¡vivir!

SABINA.- ¡Vivir! Tito, no es suficiente; vivir por vivir es morir en vida. Piensa en las palabras de esta solitaria madre y deposita tus deseos a merced del Glorificador; no es suficiente, vivir por vivir no es suficiente. Ven, besa a tu madre, ven.

(Tito se acerca a Sabina y la besa suavemente en su ya ajada mejilla. La madre llora mientras el hijo le da la mano en busca de solidaridad y consuelo; queda su otra mano totalmente libre, como un péndulo que se encarga de establecer un tiempo límite para los dos.)

TITO.- Tengo mucho miedo, te juro que tengo mucho miedo; es imposible para este soñador no tener miedo. De tanto volver al pasado creo estar perdido en el presente.

SABINA.- ¡No! Tú no le debes temer a nada, tú debes confiar en tu madre y en los poderes de su amor, tú, hijo, debes ignorar al miedo para que a su paso por cada pedazo de silencio que atormenta tu espíritu no lo logre lastimar tu descorazonamiento.

TITO.- Hablas con tanta certeza que presumo silencios enormes entre nosotros; ¿me conoces, verdad? ¿Sabes todo aquello que trato de expresar con mis remordimientos y desasosiegos?

SABINA.- Soy tu madre; sé que la voz de tu conciencia habla en lugar de tu arrepentimiento.

TITO.- ¿Quieres hablarme sobre estos sucesos? ¿Quieres opinar sobre algo en particular?

SABINA.- Quizás no deba hacerlo, hijo.

TITO.- ¿Por qué?

SABINA.- Temo decir más de lo que se debe decir; temo herir al hijo que salió de mis entrañas.

TITO.- Nuestras vidas están confinadas al temor; todos ocultamos en nuestro terror la verdad de cada proceder y luego, ya ahogados por las mentiras, perdemos el control de nuestras vidas. Dime, ¿qué camino debe elegir el hombre descubierto?

SABINA.- ¡¿Descubierto...?!

TITO.- ¡Sí! Y, sobre todo, descubierto por su madre, por la que soñó con un destino contrario al real; ¡respóndeme!, ¿qué hago con tanta desnudez? ¡Respóndeme!

SABINA.- No trates de cambiar las cosas; vivir por vivir es morir en vida, pero, también es cierto que el destino es el destino. Cuando nacemos una maza traviesa nos entierra en la frente un hierro caliente para marcarnos de por vida; vivimos todos con una defensa ante nuestra particular desgracia. No trates de cambiar las cosas, hijo; penetra en tus soledades con el pecho descubierto, rompe el dolor de tu terror y busca el placer de tus deseos, no vuelvas por segunda vez al pasado si tanto mal te causa; y nunca olvides que el destino es el destino.

TITO.- Siento la fuerza de una madre en tus palabras, todas tus palabras repletan de fuerza la constante censura del hombre que se protege con mi alma; ambos probaremos suerte si te comprometes con nuestra protección.

SABINA.- ¡No! Yo también tengo que romper con las cercas de mi conciencia; eso es todo, Tito, se trata de aprender a vivir con nuestro fuego, se trata de eso, aunque no tengamos pan para comer, aunque, hijo, querido hijo, no te sientas obligado a velar por el equilibrio de tu hogar.

TITO.- Oh, no obstante, siempre existe un reproche.

SABINA.- ¿Un reproche? Creo que escuchas disparatadamente.

TITO.- ¡¿Disparatadamente...?! ¡No menciones esa palabra en mi presencia! En esta casa, en nosotros, en la familia nuestra, ¡no hay nada que se proyecte disparatadamente! ¿Me entiendes? Somos personas con problemas ajenos a todo aquello que se nos presente disparatadamente; quiero que me comprendas, quiero estar seguro de tu absoluta comprensión.

SABINA.- Te comprendo, Tito, te comprendo; juro que regresaré a mi fábrica de muñecas, juro que en esta maldita casa nunca más faltará el pan porque seré yo la que se ocupará de comprarlo; ¡lo juro! En esta maldita casa nunca pasará lo que ha ocurrido esta noche, ¡lo juro, coño! De ahora en adelante yo ocuparé el lugar del Disparatado, ¡lo juro, coño!

TITO.- ¡No! ¡No! ¡¿Te has vuelto loca...?!

(Se escucha un presuroso toque de campanas.)

FIN